

con los librereros en Cuba



Álvaro Castillo Granada

Islade
LIBROS

CON los librereros en Cuba

Álvaro Castillo Granada

Con los librereros en Cuba



Con los librereros en Cuba

Álvaro Castillo Granada

Islade
LIBROS



@edicionesisladelibros

Con los librereros en Cuba

Primera edición electrónica en Isla de Libros

© Álvaro Castillo Granada, 2020

© Ediciones Isla de Libros, 2020

Carrera 5, 34-13, AP 101, Bogotá, Colombia

info@isladelibros.com

www.isladelibros.com

Los textos «El amante de Lady Chatterley», «Como todo en la vida», «El más librero de los librereros de la plaza», «San Lázaro, 1101» y «Según pasan los años» fueron publicados en 2017 en *Un librero* de Álvaro Castillo Granada (Literatura Random House). Se reproducen aquí por cortesía de Penguin Random House Grupo Editorial Colombia.

Dirección editorial y fotografías: Álvaro Castillo Granada

Edición y producción: Ginett Alarcón

Logo Isla de Libros: Zilah Rojas

Diseño de cubierta: Nicolás Consuegra

Diseño gráfico: David Arneaud

Conversión a libro electrónico| *eBook conversion*: Apex

ISBN 978-958-52645-9-5

CONTENIDO

LIBREROS Y LIBRERÍAS EN CUBA

ESTOS LIBREROS

Centenario del Apóstol

Fundación Fernando Ortiz

Araújo

Canelo

Abel Santamaría

Alma Mater

Plaza de Armas

Carlos Orallo Boscá

Best Seller

Cuba Científica

«La poesía él la llevaba día a día»

La librería sin nombre

El librero más viejo

El Cartel

23 de diciembre

Mi chiquitica librera

El librero que abre todos los días

El Eco

Una maleta roja, sobre un banco, en la librería La

Piedra Lunar

El Gran Zoo

Una librera de raza

Librera itinerante

¿Cuándo sé que estoy frente a un verdadero librero?

Gérard Philipe
Librero ambulante
Jacobo viajó al cielo de los librerios
«Ponle tú el nombre»
La Polilla
La Tertulia
La Lectura
Loydalba, las paredes de su casa
41 y 64
Centro Cultural Literario Habana

AQUELLOS

Humberto Alemán
Como todo en la vida
De cuando aparece un libro en una librería sin luz
El amante de Lady Chatterley
«El más librero de los librerios de la plaza»
San Lázaro, 1101
Según pasan los años
Buzo de libros

APÉNDICE

Para todos, con todos,
libreros, ayudantes, correparques:
compañeros.

Para Carlos Orallo Boscá, mi hermano.

LIBREROS Y LIBRERÍAS EN CUBA

No sé cuándo empezó a escribirse este libro. Ha sido más lo apuntado en mi mente. Lo he pensado y recordado durante un largo trecho. Un buen día salió el primer texto. Más cercano a las viñetas y a las estampas, en realidad son azares. Concurrentes y recurrentes. No tienen orden. No están todos los libreros que he conocido y que conozco. No tiene intención de totalidad. No es un inventario. Me habría encantado empezar a escribirlo hace mucho tiempo. Ya componen una tribu los libreros que he conocido y que se han marchado «al cielo de los libreros» del que habla Adolfo Castañón. Es, por sobre todas las cosas, un homenaje al oficio y a sus hacedores. Cada historia ha nacido de una necesidad. De un impulso. De golpe. En ellos está el que he sido y el que soy: un librero colombiano que ha recorrido Cuba deteniéndose siempre cuando sus ojos se topan con una librería. Grande o pequeña. Estatal o particular. Ordenada o caótica. No importa. Las librerías son el paraíso para los lectores. Y siempre podrá estar esperándonos el libro que nos aguarda.

Aquí y en cualquier lugar admito una particular debilidad, una clara empatía, por los libreros callejeros. Por aquellos que carecen de un local y, sin embargo, persisten tercamente en su oficio con los libros tendidos sobre una acera. Es algo parecido a la ternura, a la admiración, a la solidaridad, a no sé qué tantas cosas...

A lo largo de veinticinco años de experiencia en las librerías cubanas, me he encontrado, zapateando sus calles, toda clase de librerías y libreros. Desde grandes lectores hasta simples bisneros. Desde oportunistas hasta personajes de leyenda. De todo. De todos y cada uno he aprendido. Se han instalado en mis recuerdos. Algunos de ellos hacen ya parte de la memoria de mi corazón.

ESTOS LIBREROS



Norma Fentés Lugo

Centenario del Apóstol

Fue en 25 y L. En los bajos de ese edificio, en esa esquina, había una librería. La atendía un hombre que, ahora que lo pienso, siempre estaba sentado en su sillón. Dominándolo todo (como diría Máximo Pérez, otro librero habanero de memoria prodigiosa). Ahora hay un restaurante que se llama ¡Wao!!! Era octubre de 1995 y el calor tremendo. Recuerdo haberle comprado un folleto de Natalia Bolívar Aróstegui: *Tributo necesario a Lydia Cabrera y sus egguns*. Él fue quien me dijo que si bajaba por 25 hasta O me encontraría una librería en moneda nacional: Centenario del Apóstol. Por lo general no se le revelaban esos datos a un colega extranjero. Hasta entonces solo conocía una

librería de esas: El Canelo o La Avellaneda. Allí llegué andando por Reina. Pero de esta otra nadie me había hablado. Me preguntó si tenía algún billete de mi país. Llevaba uno conmigo como amuleto. Se lo di. Él me dio otro. Cada uno firmó su billete. ¿Dónde lo habré guardado? ¿En qué libro permanecerá como un resguardo de la memoria?

En la librería Centenario del Apóstol, hace ya veinticuatro años, conocí a Norma Fentés Lugo. Una de las mejores librerías de este país. Ella, a pesar del tiempo y los achaques y las cosas, mantiene la ética del servicio y la atención al cliente, al buscador que entra a esa librería con el ánimo infinito de encontrar. De toparse con algo que lo sorprenda de repente, como un rayo, y le haga sentir que era una cita acordada. Que el libro y el lector estaban destinados.

¿Cuántas cosas no he encontrado allí? ¿Cuántos libros han iluminado mi rostro? Norma permanece como una guardiana que abre las puertas de ese espacio para que los destinados se encuentren. Atenta, amable, ordenada, servicial. Aconsejando y mostrando. Preguntando y queriendo aprender. Cualidades que un librero nunca debe perder ni olvidar. Y alegrándose de los hallazgos y encuentros. Sabiéndose cómplice. De esta librería he salido cargado de libros. En esta librería he conversado y me he leído. En esta librería he compartido un jugo de naranja y un buchito de ron. En esta librería, Norma Fentés Lugo, hemos sido amigos. Colegas. Compañeros. Libreros cubanos. Eso soy también.



Yolanda Velazco

Fundación Fernando Ortiz

Yolanda Velazco es la librera de la Fundación Fernando Ortiz. La conocí hace poco cuando fui a buscar el tomo III de la correspondencia de don Fernando. Me atendió con una gentileza inmensa y me explicó la importancia de una carta en este tomo que aclara y define el término «transculturación» en oposición al de «aculturación». También es una fanática del fútbol que, cuando supo que era colombiano, se alegró por la clasificación de la selección de mi país al mundial. Vale la pena parar un rato y conversar con ella.



Suly y Arvency

Araújo

Suly y Arvency son los librereros de la librería Araújo (Galiano, esquina Virtudes). Desde hace seis años abren de lunes a sábado. En su librería he encontrado libros nacionales y extranjeros, que han dibujado en mi rostro. Hallé, por ejemplo, el único ejemplar que he visto de *Salmos paganos*, de Alberto Garrandés. Hace unos días se fue conmigo *El universo de al lado*, ¿el último? libro de Eduardo del Llano. Los libros dan a veces vueltas muy raras, tantas que es posible que estén a la vuelta de la esquina.

La librería Araújo cerró sus puertas en el 2019.



Lázaro Pitaluga

Canelo

En abril de 1995 entré por primera vez a una librería cubana: a Canelo (llamada a partir de 1968 La Avellaneda). A ella me llevó un muchacho quien, sin que yo lo buscara ni pretendiera, se convirtió en mi guía voluntario. Era/es una librería de libros usados. La más antigua de Cuba en funcionamiento. Después de varios desplazamientos se enraizó en Reina 259. «Y desde entonces los años...». Por más que lo intento no logro recordar el nombre de mi guía. Solo lo vi en esos días. Nunca me lo he vuelto a encontrar. Y eso que La Habana es, entre tantas otras cosas, la ciudad de los reencuentros. Al doblar una esquina no es nada raro

que una voz amiga te diga «Álvaro... ¡estás perdido...!». Lo primero que me llamó la atención, cuando entré, fue el desorden y la cantidad de polvo que había. Yo, que carezco de olfato, de inmediato me vi asaltado por una mezcla de olor a madera-libro-humedad y tiempo. Esa vez compré dos libros: la versión de *Por el camino de Swann*, de Marcel Proust, que hizo Virgilio Piñera en 1968 y la edición cubana de *Sombra de la sombra*, de Paco Ignacio Taibo II.

Aunque parezca difícil creerlo soy bastante despistado y desorientado. Me aprendo un camino/recorrido que sigo al pie de la letra. Cualquier alteración o variación hace que todo se pierda para mí y entre en una sensación parecida al desamparo.

En octubre de 1995, cuando regresé a La Habana, subí por Galiano (calle que desde entonces y hasta hoy recorro incansable de un lado al otro) y reconocí Reina. Doblé a la derecha y llegué de nuevo a Canelo.

Han pasado ya veinticuatro años. Lázaro Pitaluga es su librero y tasador desde hace veinte. ¡Hace ya esa pila de tiempo que nos conocemos! Es una librería que visito constantemente cuando estoy acá. Por lo menos dos veces a la semana. Y de la que nunca salgo sin un libro en las manos. Así sea uno... o con una caja llena (como pasó una vez). En ella «el azar concurrente» se hace presencia y potencia. A estas alturas de la vida sería imposible un inventario de todo lo que he encontrado allí. Hoy, por ejemplo, conseguí un ejemplar de la primera edición de *El turno del ofendido*, de Roque Dalton, de Casa de las Américas, La Habana, 1962. Y otras cositas... Me gusta mucho cuando llego y no hay tanto trabajo y agobio y calor y me pongo a conversar con Pitaluga. Es un gran lector de, entre otras cosas, ciencia ficción. El otro día lo vi dar una «muela» sobre Isaac Asimov como si fuera lo más normal del mundo ser un experto en las novelas de la saga de *Fundación*. Siempre me enseña, como quien no quiere la cosa, algo. Para él es una gran alegría cuando el lector y su

libro se encuentran. Lo llena de satisfacción. De verdad se pone contento. Esboza una sonrisa entre socarrona y satisfecha.

Venir a la librería Canelo es adentrarse en un espacio donde el tiempo parece no acontecer. Todo es posible porque es la primera vez. Los libros llegan y se van. Transcurren. Los lectores volvemos y volvemos. Y Pitaluga casi siempre está ahí...